

**REVISTA DE  
URBANISMO**

ISSN 0717-5051

<http://revistaurbanismo.uchile.cl>Revista de Urbanismo N°34 – Enero – Junio de 2016  
Departamento de Urbanismo – FAU – Universidad de Chile**Aprendiendo de la informalidad. Participación comunitaria y enfoque situado como marco para la reconstrucción***Learning from informality. Community participation and standpoint theory as a rebuilding framework*Mónica Aubán Borrell<sup>1</sup>, Felipe Corvalán Tapia<sup>2</sup>**Filiación**Universitat Politècnica de Catalunya, España; Universidad de Chile  
E mail: monica.auban@upc.edu, fecorva@u.uchile.cl

Primera versión recibida en: 04 de abril, 2016

Última versión recibida en: 17 de junio, 2016

**Resumen**

Partiendo de dos características propias de los modelos informales: el *enfoque situado* y la *participación comunitaria*, esta investigación plantea una reflexión teórica en torno a la definición de estrategias de diseño urbano en contextos de catástrofes naturales. La aproximación propuesta, entiende la reconstrucción como un proceso socioespacial, que no solo debe preocuparse de la rehabilitación material, sino que además, debe promover una vinculación e identificación permanente entre la comunidad y el lugar que habita. Esta lectura se apoya en una conceptualización del ejercicio de diseño como posibilitador de la apertura de un *campo afectivo*. Bajo estos parámetros, actuar en la emergencia implica ampliar los procedimientos tradicionales del proyecto, siendo este entendido como un sistema relacional, articulado según las necesidades detectadas en terreno. La realidad dual *emergencia-oportunidad*, que puede ser asociada tanto a los escenarios de catástrofe como a lo informal, habilita el campo de ensayo para esta aproximación conceptual a un diseño urbano fuertemente arraigado en las demandas sociales.

**Palabras claves**

Reconstrucción; arquitectura informal; enfoque situado; participación comunitaria; campo afectivo.

**Abstract**

*Taking into consideration two characteristics, which can be found in informal models: the standpoint theory and the community participation, this research suggests a theoretical reflection on how urban design strategies can be re-thought within natural disaster contexts. The following approach understands reconstruction as a socio-spatial process. This means that rebuilding cannot be focus exclusively on physical rehabilitation. Actually, the action of rebuilding should promote permanent links and bonds between community and the inhabited place. This particular reading is based on the capacity of the urban design process to open up an affective field. Acting within emergency contexts implies then, to widen the traditional project programme. According to this, architectural or urban project will be defined as a relational system, organized by the requirements found on the ground itself. The dual reality emergency-opportunity –which can be associated both to natural disaster scenarios and informality– enables a field where this conceptual approach to urban design based on social demands can be practiced.*

**Keywords***Reconstruction; informal architecture; standpoint; community participation; affective field.*<sup>1</sup> Actualmente es beneficiaria de la Beca FI-DGR, Generalitat de Catalunya.<sup>2</sup> Actualmente es beneficiario de la Beca Chile CONICYT para realizar estudios de Doctorado en el extranjero.

## Sumario

### Introducción

- 1 El diseño urbano frente a la emergencia. Interrupciones y oportunidades
- 2 El modelo informal como táctica. Aproximaciones a la informalidad
  - 2.1 La informalidad como proceso
- 3 Reformulaciones sobre lo establecido
  - 3.1 Enfoque situado
  - 3.2 La participación comunitaria
- 4 Conclusiones. Hacia un diseño urbano participativo y situado

### Bibliografía

## Introducción

Tomando en consideración las particularidades demandas planteadas por las catástrofes naturales sobre la organización socioespacial de nuestras ciudades, la presente investigación tiene como objetivo establecer una reflexión en torno a la definición de estrategias de diseño urbano en los procesos de reconstrucción. Una aproximación eminentemente teórica que precisamente –en función de las dinámicas propias de estas *coyunturas extraordinarias*– sugiere la elaboración de un marco conceptual capaz de acompañar y completar a las metodologías de diagnóstico, proyecto e intervención habitualmente utilizadas.

En términos específicos, se propone una reconsideración de los modelos informales y sus mecanismos de organización. Para ello se plantea una mirada que aprecie la existencia, en tales modelos, de prácticas capaces de ofrecer respuestas debidamente adaptadas al contexto de acción, generando soluciones de un alto nivel significativo para la comunidad. En esta dirección, el presente artículo no pretende promover una sobrevaloración de lo informal, ni tampoco insinuar el reemplazo de las intervenciones institucionalizadas y permanentes por acciones espontáneas o fuera de la legalidad. Se tratará, más bien, de rescatar y poner en valor dos características esenciales de lo informal: la *participación comunitaria* y el *enfoque situado*. Dos características que –a modo de hipótesis– se sugieren como capaces de dinamizar los proceso de reconstrucción marcados por el desafío de la emergencia.

Partiendo pues de esta hipótesis nos preguntamos: ¿Qué podemos aprender de lo informal?; ¿en qué medida sus prácticas y herramientas pueden enriquecer el proceso de reconstrucción tras una catástrofe natural? Estas interrogantes serán abordadas por esta investigación, tratando de poner en tensión los mecanismos de respuesta del diseño urbano en escenarios límites, para poder así reconsiderar los términos bajo los cuales se produce el vínculo entre lo inmediato y lo permanente, lo provisional y lo definitivo y fundamentalmente, entre el arquitecto/urbanista y la comunidad que acoge, o no, las soluciones planteadas.

## 1 El diseño urbano frente a la emergencia. Interrupciones y oportunidades

La capacidad destructiva de una catástrofe, las problemáticas específicas que esta detona, nos permiten asociar su emergencia a la interrupción del normal funcionamiento de las localidades afectadas. Así, la catástrofe deviene en acontecimiento, un punto de inflexión que excede nuestros usuales parámetros de comprensión y lectura de la realidad, al ser esta desbordada por la fuerza natural propia de un terremoto, incendio o inundación. Una suerte de revelación, que nos recuerda la condición irremediabilmente frágil de todo aquello que creíamos inmodificable e imperecedero.

Si analizamos el caso de un país como Chile, nos enfrentamos a la paradoja de una zona que parece encontrarse en permanente estado de emergencia. Un área geográfica que recurrentemente ve interrumpidos –a partir de un evento o desastre natural– sus patrones habituales de funcionamiento. De esta manera, el territorio chileno convive con un conjunto de perturbaciones capaces de modificar sus características físico-ambientales, influyendo en sus condiciones de habitabilidad y dando paso a un escenario de cambio y tensión que contradice la ilusión del riesgo cero.

Ahora bien, junto con identificar la capacidad desestabilizadora de la emergencia, es posible pensar su ocurrencia como *oportunidad*, un factor de cambio que nos obliga y estimula a reformular nuestra relación con el territorio que habitamos e intervenimos. Una oportunidad que se hace efectiva al momento de definir las estrategias y procedimientos que nos permitirán avanzar desde el estado de emergencia hacia la reconstrucción, instancia en la que resultan fundamentales los aportes realizados desde el diseño urbano. De este modo, se trata también de una posibilidad disciplinar, en la medida en que la excepcionalidad de las condiciones posdesastre enfrenta a la arquitectura y al urbanismo a nuevos desafíos, requiriendo la elaboración de soluciones eficaces, creativas y al mismo tiempo innovadoras.

En esta dirección, es posible plantear que buena parte del sentido de oportunidad anteriormente mencionado, puede ser capitalizado en la medida en que dejemos de pensar en la reconstrucción solo como una reparación material de lo ya existente, o bien como la entrega de soluciones estandarizadas que no atienden a las necesidades particulares del lugar afectado. Por el contrario, lo que se promueve aquí es una aproximación integral, que entienda la reconstrucción como una labor de recuperación social. Bajo estos términos, la instancia de reconstrucción no remite de forma exclusiva al momento inmediatamente posterior a la catástrofe o emergencia, sino más bien, a un proceso de recuperación que se articula en el tiempo, en el cual convergen miradas y demandas diversas.



**Fig. 1 Reocupación de una zona afectada por el incendio en Valparaíso. Valparaíso, 2014.**

Fuente: Rafaela Ely. Publicada en [www.flickr.com](http://www.flickr.com) bajo licencia Creative Commons.

La insistencia en habitar zonas de alto riesgo por parte de comunidades organizadas no puede ser entendida solamente como muestra de obstinación, ignorancia o desacato. Pese a los

continuos intentos de relocalización promovidos por las autoridades competentes, la reincidente ocupación de áreas frecuentemente afectadas por incendios en Valparaíso (Fig. 1), por inundaciones en zonas costeras o por la actividad volcánica en ciudades como Chaitén<sup>3</sup>, demuestran que una reconstrucción físico-material no constituye una solución suficiente. Junto con el temor a la pérdida de bienes materiales altamente valorados, lo que predomina en estos casos es el deseo de preservar aquellos vínculos socioculturales que articulan la vida en comunidad y que propician la identificación de los habitantes con el territorio, posibilitando su apropiación. Por esta razón, una comprensión integral del proceso de reconstrucción debería tender hacia la interacción entre aspectos tangibles e intangibles, es decir, entre las respuestas materiales promovidas por el diseño urbano y/o la arquitectura y el tejido social que habita y da sentido al territorio afectado.

Tal como plantea Jorge Mario Jáuregui, se trata de que lo físico “se articule con lo social” (2012, p. 16), apostando por una debida particularización de las soluciones. Una aproximación que a su vez implica ampliar la concepción tradicional del proyecto, que bajo esta mirada deja de ser entendido como una acción predictiva, convirtiéndose en una estrategia capaz de modificarse en la acción, en permanente diálogo con la comunidad y sus demandas. Actuar en la emergencia, reconociendo las necesidades y oportunidades de la coyuntura, implica abandonar la vocación apriorística del plan, interactuando directamente con las necesidades encontradas en terreno, convirtiendo al proyecto en consecuencia y no en anticipación<sup>4</sup>.

Se trata de una intervención atenta, en la cual resulta fundamental la participación de la comunidad, tanto en la gestación como en la puesta en práctica de las soluciones, permitiendo la incorporación de nuevas concepciones o variables al ejercicio proyectual, tales como adaptación, flexibilidad, autogestión o diseño colaborativo. Un escenario que, además, nos permite reflexionar en torno a la brecha o distancia que suele producirse entre la sociedad y las instituciones que intentan resolver sus problemas, camino que intentaremos repensar en función de las características específicas de los modelos informales.

## **2 El modelo informal como táctica. Aproximaciones a la informalidad**

Es la propia orientación socioespacial que se busca imprimir a los procesos de reconstrucción, la que remite al fenómeno de la informalidad. Una realidad altamente compleja de la que resulta posible extraer ciertas maneras de hacer y procedimientos que pueden ser útiles a la hora de planificar las intervenciones necesarias tras la incidencia de una catástrofe natural.

Para desvelar estos particulares mecanismos de acción debemos, en primer lugar, proyectar una mirada ampliada sobre la realidad informal; una mirada que supere los prejuicios que hoy en día continúan limitando la conceptualización de este fenómeno. Proponemos pues, como punto de partida de la reflexión, un cuestionamiento en torno a la asociación directa que comúnmente se produce entre los asentamientos espontáneos que surgen en los países en vías de desarrollo y las manifestaciones informales. Si bien es cierto que las llamadas *ciudades informales* constituyen la cara más visible del fenómeno informal no podemos obviar el hecho de estar asistiendo en la actualidad a una proliferación de prácticas y experiencias

<sup>3</sup> En el caso de Chaitén, los efectos de la erupción volcánica del año 2008 llevaron a la autoridad a relocalizar a parte de sus habitantes, cuestión que trajo como consecuencia serias dificultades de adaptación por parte de las familias reubicadas. Una situación que demuestra ser tan problemática como la afección ambiental derivada de la catástrofe, es la desarticulación de aquellos sistemas sociales que organizan a la comunidad y que posibilitan su arraigo a un determinado lugar o territorio.

<sup>4</sup> En esta dirección, Jáuregui, reflexionando sobre su participación en el proyecto Favela-Bairro en Rio de Janeiro, sostiene: “Hoy, invirtiendo el proceso, empezamos desde la lectura de cada lugar considerando sus aspectos tanto físicos (contexto) como sociales (usos establecidos) y de la escucha de las demandas, y de ahí derivamos las premisas proyectuales. Ahora el proyecto es consecuencia”. (2012, p. 75).



arquitectónicas –incluso en el seno de ciudades consolidadas– en las que la naturaleza informal emerge y se impone como solución.

Los huertos urbanos, la ocupación de edificios en desuso, los solares dinamizados por vecinos y asociaciones de barrios o las iniciativas culturales autoorganizadas, constituyen ejemplos de intervenciones en las que nociones tradicionales de la arquitectura y el diseño urbano como proyecto, autoría, cliente o temporalidad son puestos en tensión. Se observa así un potencial inherente a las manifestaciones informales que permiten transformar y reformular los discursos establecidos, largamente consolidados en las disciplinas proyectuales que operan sobre la ciudad y/o el territorio.



**Fig. 2 Manifestaciones informales en Valparaíso. Valparaíso, 2014.**

Fuente: Rafaela Ely. Publicada en [www.flickr.com](http://www.flickr.com) bajo licencia Creative Commons.

En este contexto, proponemos una primera definición para las manifestaciones informales que contemple aquellas intervenciones que suponen una transformación activa del entorno inmediato, a partir de prácticas autoconstruidas y autogestionadas. Un conjunto de acciones e intervenciones que pueden ser entendidas como una respuesta inmediata y espontánea –en tanto que no esperan la planificación de los técnicos para actuar– a las condiciones sociales, culturales, económicas y físicas que determinan el contexto habitado por una comunidad (Fig. 2). El carácter no acabado y abierto de esta definición permite dejar a un lado las consideraciones hacia la informalidad, como si se tratara de una anomalía de los modelos de ciudad estándar, para empezar a reconocer su propia narrativa alternativa.

Cabe aclarar, por su parte, que una presentación de lo informal como mera oposición al modelo formal supondría también una reducción y limitación de las posibilidades de análisis. Si pensamos en la presencia de asentamientos espontáneos que crecen sin pausa en diferentes lugares del mundo, nos daremos cuenta de cuál está siendo el impacto de estas organizaciones sobre el tejido urbano consolidado. Los últimos datos emitidos por UN-HABITAT<sup>5</sup> estiman que 863 millones de personas –un tercio de la población urbana total– habitan en áreas informales. Así, la realidad desbordada de estos asentamientos está suponiendo una redefinición de los límites y estructuras de funcionamiento de la ciudad, generando un contexto en el cual las tramas organizacionales provistas por el planeamiento urbano institucionalizado pueden ser consideradas como una excepción. La emergencia masiva de la informalidad se está mostrando capaz de alterar las bases establecidas, poniendo en crisis estándares y nociones tradicionalmente asociadas a la morfología de la ciudad, como ocurre, por ejemplo, con las nociones de centro y periferia<sup>6</sup>.

Observamos que, tal y como ha sido comentado para los contextos de emergencia, la confrontación formal/informal no tiene solo implicaciones negativas. La coexistencia de dos modelos diferenciados desata un mecanismo de relaciones complejas a partir del cual nuevas experiencias y prácticas pueden ser puestas a prueba en el momento de analizar e intervenir el espacio habitado. La reducción de estas plausibles combinaciones a un sistema de oposición binaria suponen un debilitamiento de las oportunidades ofrecidas por la ciudad contemporánea y por los distintos eventos o procesos que tienen lugar en ella, incluidas las catástrofes naturales. No se trata de contraponer lo formal a lo informal o viceversa, sino más bien de proponer una lectura centrada en las posibilidades derivadas de unas prácticas relacionales que pueden suponer un aporte para las estrategias convencionales de diseño urbano, sobre todo en escenarios tan específicos y particulares como los afectados por una emergencia.

Manteniéndonos en esta lectura abierta de la informalidad como un fenómeno complejo, retomamos el objetivo primero de vincular la capacidad reformuladora de lo informal con el desafío propio de la reconstrucción. El reconocimiento de la informalidad como una realidad arquitectónica y urbana en sí misma permitirá afirmar la existencia de unas estrategias, metodologías y sistemas propios que merecen ser tenidos en cuenta. El dinamismo de las soluciones en el tiempo, la aleatoriedad organizativa de estas, la restricción material como punto de partida, el marcado carácter autoorganizativo o el crecimiento según estructuras no jerárquicas, pueden ser señalados como características diferenciales respecto de manifestaciones más tradicionales. Un análisis más exhaustivo de estas particularidades propias nos permitirá exponer una hipótesis que apuesta por las posibilidades de lo informal a la hora de trazar un marco conceptual que acompañe a las prácticas de reconstrucción en la emergencia.

Ahora bien, junto con lo anteriormente señalado y evitando caer en visiones absolutas o tendenciosas, resulta necesario comentar el riesgo existente en la aproximación a la informalidad como fuente o modelo estratégico de intervención. Las condiciones hiperdegradadas que acompañan el surgimiento de las manifestaciones informales exigen una posición de equilibrio que tenga en cuenta las situaciones límite de pobreza, salubridad, acceso

---

<sup>5</sup> El informe completo, publicado el año 2013, se encuentra en el texto *Streets as public and drive of urban prosperity*.

<sup>6</sup> En relación a esta situación, el teórico y geógrafo urbano Mike Davis señala: "El desbordamiento de las ciudades ha dejado de ser un fenómeno característico de América del Norte. El crecimiento horizontal de las ciudades pobres es frecuentemente tan sorprendente como el crecimiento de su población: Jartum, por ejemplo, en 1988 había aumentado 48 veces su extensión de 1955. De hecho, las áreas suburbanas de muchas ciudades pobres han crecido de tal manera que probablemente obliguen a redefinir el concepto de periferia." (2007, p. 57).

a servicios mínimos y exclusión social que suelen acompañar a esta realidad urbana. Por esta razón, creemos que la reflexión acerca de lo informal debe instalarse en un punto medio, que se aleje tanto de visiones exaltadas de este fenómeno –que no hacen sino aportar una mirada frívola a unas condiciones extremas– como de aquellas que generan una victimización excesiva de una forma de vida que, en muchas ocasiones, constituye la única opción posible para los habitantes de estos asentamientos<sup>7</sup>.

## **2.1 La informalidad como proceso**

El aporte de la informalidad a la elaboración de un marco conceptual desde el cual abordar el proceso de reconstrucción en escenarios de catástrofe se basa en el potencial de estas manifestaciones espontáneas para operar reformulaciones eficaces sobre lo establecido. Se debe insistir ahora en el hecho de que el descubrimiento de esta capacidad transformadora no resulta en absoluto automático y necesita ir acompañado de una búsqueda de nuevos enfoques, que posibiliten una reorientación del ejercicio proyectual en la totalidad de sus fases.

En este sentido, se propone una aproximación a la disciplina que ponga en valor la capacidad del urbanismo y la arquitectura para hacer emerger complejos sistemas de relaciones. Tradicionalmente la articulación de las narrativas del diseño y la planificación han estado regidas por variables formales, estéticas, materiales y físicas. La primacía o exclusividad de estas variables puede llevar a error, al desprenderse una lectura de lo espacial como si se tratara de una mera producción objetual. Toda intervención de naturaleza urbana o arquitectónica implica una transformación contextual que impide su consideración como un fenómeno aislado. Bajo estos términos, entendemos que la acción de proyectar es inseparable de la apertura de un intrincado dispositivo de interacciones en el que las cuestiones sociales, políticas y económicas se entremezclan con las variables formales, estéticas, materiales y físicas anteriormente señaladas.

Desde un plano más propiamente teórico, la lectura relacional que proponemos supone una consideración de cada intervención concreta no como un fenómeno o ente aislado, sino como un delicado mecanismo de ensamblajes, un conjunto heterogéneo cuyo buen funcionamiento depende de los nexos y vínculos que van estableciéndose en el tiempo. De las propias dinámicas de estos sistemas relacionales se desprende la noción de campo afectivo, referido a la capacidad de las partes del conjunto para afectar y ser afectadas. El surgimiento de prácticas afectivas impulsa un movimiento para la transformación de las condiciones preexistentes mediante la generación de nuevos sistemas de relación. Producir algo “nuevo” no está ya solo limitado a la creación de un objeto, pues alteraciones en la disposición, articulación u organización pueden hacer emerger nuevas posibilidades<sup>8</sup>.

Si dejamos entonces a un lado las características constructivas, técnicas o estéticas asociadas a las manifestaciones informales, es posible observar cómo la irrupción de lo informal está fuertemente vinculada a la apertura de un campo afectivo propio en el que nociones como

---

<sup>7</sup> En este contexto, resulta pertinente la aportación del arquitecto británico John F. C Turner, ferviente defensor de los procesos de autoconstrucción como respuesta eficaz al problema de acceso a la vivienda –incapaz de ser asumido por gobiernos o instituciones– pero que a la vez evita idealizar las terribles condiciones de vida en los asentamientos autogestionados. Turner, en su libro *Vivienda, todo el poder para los usuarios: hacia la economía en la construcción del entorno* (1977) reflexiona sobre la autoconstrucción como solución que ha de basarse en una verdadera libertad para llevar a cabo este proceso. La autoconstrucción así entendida contempla también la libertad para no tener que recurrir a ella.

<sup>8</sup> El interés por la llamada Teoría del afecto viene orientado por la tríada de pensadores conformada por Rosi Braidotti, Gilles Deleuze y Baruch Spinoza. Tratando de desbancar las lecturas basadas en un objetivismo extremo, esta línea interpretativa recupera la importancia de la experiencia subjetiva a la hora de afrontar las implicaciones de la realidad y la producción de sentido. Trasladado al campo arquitectónico el reconocimiento de la implicación subjetiva permite incorporar la dimensión social en los ejercicios de lectura, construcción y composición del territorio.

memoria, comunidad, esfuerzo –personal o colectivo– o prácticas locales adquieren una relevancia capital. El territorio ocupado por la informalidad queda hasta tal punto impregnado por estas nociones que la lectura del lugar es inseparable de su consideración.

Profundizando en esta dimensión afectiva de la informalidad, reflexionemos ahora sobre las particularidades de la temporalidad que caracteriza a las manifestaciones de esta naturaleza. Las intervenciones informales surgen atrapadas en un doble tiempo en el que lo inmediato y lo permanente son puestos en tensión. En cuanto a la temporalidad inmediata, el carácter efímero y urgente de la informalidad es una característica intrínseca a su naturaleza. Las condiciones de precariedad obligan a la generación de soluciones inmediatas en las que la fragilidad, la inestabilidad y el cambio aparecen como constantes. La adaptabilidad propia de la informalidad implica prontitud en la respuesta, casi como si estuviéramos ante una situación de emergencia. Por otra parte, la propia conciencia de lo efímero conlleva una concepción secuencial de las intervenciones, en la que difícilmente podremos encontrar obras que puedan ser consideradas como definitivas o acabadas. La ejecución de las intervenciones informales sigue una temporalidad dilatada según la cual la noción de proceso queda contradictoriamente ligada a una idea de permanencia, a partir de la condición de cambio constante propia de las intervenciones de esta naturaleza. Un proceso que, como hemos comentado, también implica la articulación y consolidación de lazos afectivos en el tiempo.

Este proceder de lo informal genera un tipo de intervenciones configuradas a partir de una acumulación de diversas capas de memoria y sentido, operadas por la acción misma de sus habitantes<sup>9</sup>. La dilatación temporal que acompaña al desarrollo informal está fuertemente vinculada a las condiciones particulares de sus artífices, quedando las intervenciones limitadas a sus posibilidades en cada momento concreto o específico. Esta circunstancia genera una particular relación entre proyecto y habitante, según la cual nuevos modos de adhesión, pertenencia y convivencia pueden ser experimentados. La vivencia directa de lo construido activa un fuerte sentido de identificación hacia un proyecto que es entendido como propio.

Nuevamente, la aproximación a lo informal señala de qué manera la acción de habitar no puede ser limitada a las características del hecho físico. La labor proyectual concebida como proceso implica una reconsideración del tejido social como un elemento fundamental para el proyecto. En este sentido, la arquitectura y el urbanismo deben ser entendidos como una construcción socioespacial en la que los habitantes han de tener protagonismo. En el caso de la informalidad, no solo los habitantes son los propios ejecutores de los proyectos, sino que además, las particularidades extremas a las que estos deben enfrentarse desatan fuertes nexos interpersonales, lo que permite la consolidación de comunidades capaces de emprender movimientos de transformación y mejorar a partir de prácticas locales. La incorporación de las variables afectivas detectadas en la informalidad puede resultar vital a la hora de proponer estrategias de reconstrucción que verdaderamente tengan en cuenta las demandas de los miembros de estas comunidades.

### **3 Reformulaciones sobre lo establecido**

Una vez expuestas las líneas de aproximación a la informalidad, procedamos a una profundización en las posibilidades concretas de esta realidad arquitectónica a la hora de hacer

---

<sup>9</sup> En este sentido, tal como es explicado por Melaine Lombard, "El lugar como proceso está lleno de sentido: en estos lugares lo espacial y físico habla de la historia del asentamiento y sus residentes y también apunta a su futuro potencial. Las narrativas de los residentes son muy distintas a las descripciones de 'ocupantes ilegales' o 'tugurios' y aunque se reconoce pragmáticamente los límites dentro de los que operan, también se enfatiza su propia agenda. La creación de un lugar físico provee el contexto o localidad para las relaciones sociales" (2015, p. 135).



emerger reformulaciones conceptuales. Para ello, se extraen dos características propias de la informalidad, como son el *enfoque situado* y la *participación comunitaria*; dos características que, de forma precisa, permitirán reflexionar en torno a este posible aporte de lo informal a la hora de orientar los proyectos de reconstrucción en escenarios límite.

### 3.1 Enfoque situado

El *enfoque situado* constituye un término impropio que tomamos prestado de la disciplina de la filosofía. Se trata de una noción clave para la tradición feminista y se refiere, específicamente, a la importancia de la asunción de las coordenadas espacio-temporales como una herramienta para afrontar la realidad circundante<sup>10</sup>. En otras palabras, el enfoque situado consiste en una toma de conciencia por parte del sujeto sobre su posición concreta en el mundo. Esta toma de conciencia deriva tanto en un interés como en un conocimiento de aquellas condiciones que definen su entorno inmediato, entendiendo que este conocimiento será el que habilite para la acción<sup>11</sup>. Siguiendo una orientación que fácilmente puede ser asociada con el pensamiento materialista, nos encontramos con una lectura que propone que para poder operar modificaciones y transformaciones en nuestro entorno debemos partir de una comprensión exhaustiva de las condiciones previas a las que nos enfrentamos. Poniendo especial énfasis en las acciones y prácticas cotidianas, Rosi Braidotti (2009) sostiene que en el posicionamiento situado reside la capacidad para operar cambios eficaces en los contextos circundantes. Así la implicación de un sujeto con su realidad inmediata –incluso a partir de intervenciones a pequeña escala– puede ser entendida como un acto político del que se desprende un comportamiento ético, responsable y comprometido cuyo alcance puede ser ampliado hasta una incidencia a nivel de lo social.

El interés por trasladar la noción de enfoque situado al diseño urbano proviene de la importancia otorgada por este término al vínculo entre sujeto y contexto. Así, realizando una suerte de transposición intertextual, puede establecerse una relación entre la toma de conciencia que reclama el enfoque situado y la necesaria implicación de intervenciones o proyectos con el contexto en el que han de desarrollarse.

En contraposición a la proliferación de operaciones arquitectónicas y/o urbanas desarraigadas, el enfoque situado promueve la realización de intervenciones basadas en un verdadero diálogo con la realidad circundante, una comprensión exhaustiva del contexto en el que se va a desarrollar cada proyecto. Un entendimiento del lugar que, como hemos comentado previamente, no debe limitarse al estudio de las cualidades físicas, topográficas y morfológicas de una ubicación concreta, sino que debe incluir la multiplicidad de agentes y factores que hacen posible la consolidación de ese lugar como tal. En este sentido, resulta fundamental la incorporación tanto del futuro usuario como de los habitantes, ya que serán ellos quienes deberán hacer propia la intervención resultante. La propuesta de realización de intervenciones situadas encaja, en este sentido, con la lectura afectiva expuesta. El diseño y ejecución de unos proyectos ampliamente implicados con su entorno inmediato activará, necesariamente, la aparición de una multiplicidad de interconexiones contextuales e intersubjetivas que posibiliten la construcción socioespacial que perseguimos.

<sup>10</sup> La aproximación concreta a la noción de enfoque situado se realiza a partir de las teorías desarrolladas por la filósofa contemporánea Rosi Braidotti. Su pensamiento, fuertemente arraigado en la tradición posestructuralista invita al establecimiento de relaciones efectivas entre la teoría y la práctica para la propuesta y el diseño de futuros alternativos. Para una mayor profundización en esta teoría puede consultarse: *Sujetos nómadas. Corporización y diferencia sexual en la Teoría feminista contemporánea* (2000); *Transposiciones. Sobre la ética nómada* (2009).

<sup>11</sup> En este sentido Braidotti señala: "Leal a la política feminista de las localizaciones, sigo comprometida con la tarea de proporcionar mapas del presente con sustento político, convencida de la utilidad de un enfoque situado, entendido como una herramienta básica que permite alcanzar un sentido ampliado de objetividad y una comprensión más capacitadora de lo social" (2009, p. 11).

Si retomamos el discurso de la informalidad, la propuesta de una arquitectura situada viene dada como necesidad. Las condiciones de precariedad que acompañan la aparición de las manifestaciones de naturaleza informal implica un alto grado de adaptabilidad a los condicionantes y posibilidades derivados del entorno inmediato, situación que también podemos reconocer en un estado de emergencia. En un análisis sobre esta ausencia de medios característica de los asentamientos informales, John F. C. Turner (1977, p. 139) distingue tres tipos de fuentes: los recursos materiales, los recursos personales y los recursos materiales poseídos familiarmente. Entre los recursos personales, Turner encuadra la imaginación, el conocimiento, la iniciativa, la cooperación y la determinación. Frente a la escasez de recursos materiales, el usuario debe aliarse con el ingenio para multiplicar las opciones que le vienen dadas a priori. Es en este sentido que el conocimiento profundo de las posibilidades que ofrece el lugar se vuelve una herramienta esencial para el desarrollo de las expresiones informales.

Partiendo de las observaciones realizadas en el ámbito de lo informal, planteamos la transformación de aquello que en el contexto de la informalidad es entendido como una necesidad en un requisito mínimo para iniciar las tareas de reconstrucción. La particular lectura y relación con el lugar que se deriva del enfoque situado puede ser presentada como un adecuado mecanismo previo para abordar las complejas dinámicas asociadas a los escenarios de catástrofe.

En un sentido estrictamente arquitectónico, la habilitación para la acción a partir de este posicionamiento situado estriba en la capacidad para promover iniciativas que supongan una verdadera transformación del entorno circundante. En el caso límite que nos ocupa, la realización de intervenciones que den respuesta a los daños materiales sufridos, siendo a la vez soluciones de alto valor significativo para los habitantes afectados, constituye el horizonte de aplicación de este enfoque situado a los procesos de diseño urbano.

Debemos insistir en la orientación primeramente teórica que se da a este tipo de enfoque. En este sentido, el posicionamiento situado debe ser fijado como una predisposición a la escucha activa de las necesidades que cada territorio concreto va generando. La búsqueda de soluciones situadas no puede, entonces, proveerse de un manual de uso con unas pautas a seguir para todos los casos. Al contrario, el diálogo con la totalidad de los agentes que conforman cada contexto que persigue el enfoque situado debe alejarse, irremediablemente, de las fórmulas aprioristas.

Así, los procesos de diseño que expresen la voluntad de incorporación de este enfoque situado deberán apoyarse en el conocimiento de las condiciones preexistentes del lugar que se va a habilitar. Además, para su correcta incorporación al ejercicio de diseño, este posicionamiento situado debe ser tomado en consideración desde las fases más tempranas de cualquier proceso de reconstrucción. En este sentido, resulta fundamental la realización de análisis previos capaces de identificar las líneas estratégicas para el trazado de las soluciones posteriores<sup>12</sup>. Estos análisis deberán incorporar las demandas específicas de los escenarios susceptibles de ser afectados por catástrofes, entendiendo que si bien la eliminación total de los riesgos resulta imposible, una previsión de los posibles daños puede ser crucial a la hora de garantizar respuestas inmediatas y eficaces al incidente ocurrido. Por otra parte, e insistiendo en la relevancia de la incorporación del tejido social al ejercicio arquitectónico y/o urbano, la implementación de un diseño situado es inseparable de una colaboración activa entre los técnicos encargados de abordar las labores de reconstrucción y los miembros de las comunidades existentes. La toma en consideración del máximo número de actores que

---

<sup>12</sup> Una aproximación que una vez más nos recuerda las reflexiones de Jorge Mario Jáuregui (2012) y su concepción del proyecto como consecuencia y no como idea abstracta que se impone sobre la realidad.

participan de un entorno concreto será la que posibilite la activación de los vínculos contextuales e intersubjetivos que las prácticas situadas desatan.

Una aportación directa, y nada despreciable, que puede extraerse de las intervenciones situadas consiste en una racionalidad a la hora de aplicar los recursos materiales disponibles para la ejecución de cada proyecto. Recuperando por un momento la realidad filosófica del término, el conocimiento consciente derivado del enfoque situado genera un tipo de comportamiento responsable y ético, un comportamiento comprometido con la realidad circundante. La propuesta de una arquitectura situada, es decir, de una arquitecta coherente con su entorno inmediato, implica también un cierto posicionamiento ético que garantice el buen uso y disposición de los medios y recursos disponibles, persiguiendo siempre la mejor solución posible. Para un caso de emergencia, la irrupción de la catástrofe natural define una situación extrema que necesita de soluciones precisas. El escenario límite que sigue al estallido de la catástrofe estará, evidentemente, caracterizado por un acceso restringido a medios materiales y físicos. La orientación de las acciones para el planteamiento de estrategias según este posicionamiento situado ha de asegurar la correcta aplicación de los medios con los que se cuenta para completar los objetivos previstos

### **3.2 La participación comunitaria**

Otro aporte fundamental que puede ser rescatado de la informalidad reside en la incorporación de la participación comunitaria como una variable esencial para el diseño urbano. Enlazando con la propuesta de realización de intervenciones situadas, la participación comunitaria contempla la toma en consideración de la experiencia de los propios habitantes a la hora de determinar las características de un proyecto y las distintas operaciones involucradas en este.

La popularización del término “participación” en el último tiempo lleva implícita implicaciones complejas que no pueden ser soslayadas. Quizás parezca obvio la presentación de la participación como una estrategia de diseño, pero la banalización que ha experimentado el término invita al replanteamiento y reconsideración de su alcance.

La participación ciudadana aparece hoy reconocida como una estrategia necesaria a la hora de afrontar cualquier proyecto y de esta manera ha quedado inscrita en toda una serie de mecanismo institucionalizados que velan por su cumplimiento. Y si bien esta participación todavía puede ser asociada a nociones de democracia, igualdad e inclusión, su rápida formalización acrítica puede llegar a convertirla en una mera etiqueta o aval para la justificación de cualquier proyecto. El reconocimiento legal de la participación ciudadana como herramienta de proyecto y su consiguiente incorporación a las tareas de planeamiento no debería limitarse a la elección, por parte de los ciudadanos, entre unas pocas propuestas desarrolladas íntegramente por técnicos. El potencial reformulador de la participación reside en la inclusión del usuario en la totalidad de las fases del proyecto, considerando su experiencia como un factor fundamental para la toma de decisiones.

Frente a este carácter fuertemente institucionalizado podemos distinguir otra dimensión de la participación, más espontánea y de base, y que debido a su implicación real con la comunidad se constituye, sin duda, en un potente instrumento para la reformulación de las estrategias de diseño establecidas. Este tipo de participación comunitaria es consustancial a la aparición y evolución de las manifestaciones informales de la arquitectura.

En el contexto extremo que caracteriza la aparición de lo informal, la implicación del habitante en la ejecución de un proyecto no puede ser considerado como una opción ya que, en casi la totalidad de las ocasiones, la autoconstrucción constituye la única alternativa posible. Al respecto, Turner comenta: “En naciones cuyos habitantes mayoritariamente viven en la pobreza, no se tiene a la ‘participación ciudadana’ por una forma excepcionalmente avanzada

de democracia” (1977, p. 137). Tratemos, nuevamente, de transformar esta necesidad en un posible aporte para la conceptualización de nuevos mecanismos de intervención.

Retomemos la definición acerca de la arquitectura informal propuesta, centrándonos ahora en la primacía de sistemas autoorganizados para la ejecución de los proyectos. En este contexto, las prácticas de autoconstrucción y autogestión constituyen una de las facetas más visibles de la realidad informal. A la falta de medios y recursos materiales ya señalada, hay que añadirle una ausencia de colaboración externa que podría suponer un aporte. Esta ausencia de intervención institucionalizada o técnica merma las opciones de unas soluciones que son acometidas aisladamente. De esta manera, el desarrollo de las manifestaciones informales se ve limitado por las posibilidades personales de sus ejecutores. Una evidencia clara de este hecho es la abrumadora presencia de viviendas que conviven con una ausencia casi total de infraestructuras y servicios públicos en contextos informales<sup>13</sup>. Los sistemas autoorganizativos llevan implícito trabajos de pequeña escala que pueden ser acometidos, incluso, individualmente.



**Fig. 3 Reivindicación realizada por habitantes de Chaitén: Bienvenido a la zona cero. Chaitén, 2009.**

Fuente: Beebe, Sam. Publicada en [www.flickr.com](http://www.flickr.com) bajo licencia Creative Commons.

Sin tratar de menospreciar las connotaciones negativas que pueden derivarse de estas prácticas, una consideración de los aspectos positivos –muchas veces olvidados en las lecturas acerca de la informalidad– merece ser tomada en cuenta. Al contrario de lo que ocurre con la mayoría de los procesos institucionalizados, las prácticas autoorganizadas posibilitan la inclusión del usuario en la totalidad de las fases del proyecto. Esta inclusión genera un vínculo entre el habitante y el espacio construido que permite la apertura del campo afectivo anteriormente señalado. La intervención directa sobre el lugar desata relaciones de apropiación y pertenencia que enriquecen el ejercicio del habitar, pese a las dificultades y adversidades (Fig. 3). Precisamente es esta implicación radical del usuario la que puede ser trasladada a los postulados del diseño urbano. Frente a las soluciones despersonalizadas y carentes de críticas que afloran bajo el amparo de la noción de participación comunitaria, los sistemas autoorganizados propios de la informalidad abren un camino que da verdadera voz al usuario.

<sup>13</sup> A este aspecto Jorge Mario Jáuregui comenta: “Es por eso que yo digo que la vivienda la puede resolver cada persona individualmente con su esfuerzo físico y económico, pero lo que no puede construir nadie individualmente es el espacio público, la infraestructura, todo lo que requiere una gran inversión, un trabajo y un conocimiento técnico más elaborado. Eso solamente puede venir de los departamentos técnicos del poder público y de las empresas privadas trabajando supervisadas por él, como siempre fue en toda época de la humanidad” (2012, p. 16) Una reflexión que bien puede ser utilizada en el caso de la reconstrucción, centrada casi siempre en la entrega de soluciones objetuales que desatienden la necesidad de infraestructuras que organicen y den sentido al espacio público.



En función de lo comentado, es importante señalar que la implementación de la participación comunitaria como un marco para la inscripción de prácticas de diseño urbano implica el establecimiento de un proceso riguroso que no solamente debe ser recordado y activado en el momento exacto en el que se produce la emergencia. En el caso de un país como Chile, enfrentado recurrentemente a catástrofes naturales, tal proceso implica una preocupación permanente que se sugiere debe contemplar, al menos, las siguientes fases de desarrollo:

- Acopio de documentación e informes que den cuenta de los condicionantes e implicaciones preexistentes para proceder al diagnóstico e identificación de las problemáticas a enfrentar. Como hemos visto para el enfoque situado, en esta fase (previa y permanente) resulta fundamental la inclusión de los puntos de vista y experiencia de los habitantes del lugar, conocedores privilegiados de las dinámicas existentes.
- Jornadas de programación, debate y planificación para la propuesta de soluciones. En esta fase, resueltamente propositiva (frente al carácter analítico de la anterior) la presencia del técnico es la que adquiere un protagonismo relevante. Su saber deberá orientar las diversas aportaciones y miradas que permitan la elaboración de diferentes alternativas de diseño. La apertura del ejercicio de diseño a la participación comunitaria implica una orientación precisa que impida la dilatación de los procesos en el tiempo, garantizando la viabilidad de las soluciones propuestas. La fase de diseño será completada con la discusión y revisión de las opciones propuestas para la posterior elección de aquella que mejor se adapte a las demandas de la comunidad.
- En relación con la gestión y ejecución de las propuestas, se tratará de elaborar unas pautas de acción abiertas y transparentes. La participación de la comunidad en las operaciones de transformación urbana no está completa si ella no puede tener acceso a informaciones relevantes como, por ejemplo, los presupuestos o los plazos para la intervención previstos.
- Por último, el proceso de la participación debe incorporar también un seguimiento de la obra una vez se encuentre en utilización. Los estudios de posocupación permiten valorar la intervención realizada por parte de usuarios y habitantes, no ya desde un plano teórico y predictivo, sino desde la experiencia tangible del uso. La valoración de estos estudios por parte de los técnicos competentes permitirá perfilar y reformular los mecanismos e instrumentos puestos a prueba durante las diferentes fases del proyecto.

Cabe señalar un aspecto común a las anteriores fases descritas y que reside en la formación de equipos multidisciplinares que colaboren en los procesos de participación comunitaria. El diseño urbano es siempre un ejercicio complejo, pero si además pensamos en escenarios marcados por la incidencia de catástrofes naturales, la aportación de profesionales como psicólogos, trabajadores sociales, antropólogos, o sociólogos puede ser clave a la hora de abordar la delicada tarea de una reconstrucción que pretende ir más allá de la restitución del hecho físico concreto<sup>14</sup>.

Además de estos apuntes acerca de los procesos participativos, el éxito de la acción comunitaria es inseparable de una implicación activa por parte de las personas afectadas por las intervenciones que se proponen. En este sentido, el ejercicio de una verdadera participación ciudadana resulta mucho más sencilla en lugares en los que existen movimientos locales articulados, en los que la toma de decisiones colectivas es un procedimiento habitual. Por esta razón, antes, durante y después de las catástrofes, el aporte técnico deberá reforzar y fortalecer estos vínculos, orientando las demandas hacia la respuesta más satisfactoria.

---

<sup>14</sup> Para un mayor desarrollo en relación a propuestas y alternativas para la participación ciudadana puede consultarse: *Arquitectura y política. Ensayos para mundos alternativos* (Montaner & Muxí, 2011).

Como hemos visto, tanto el enfoque situado como la participación comunitaria pueden ser presentados como dos instrumentos clave en la delineación de un marco de acción que permita articular un cambio de orientación disciplinar. Un giro según el cual las demandas sociales sean apreciadas como horizonte del desarrollo urbano. La informalidad, con su realidad surcada por límites y marcas, ha sido presentada como un laboratorio en el que las pruebas y ensayos sobre nuevas formas de abordar el diseño urbano ya se han iniciado.

#### **4 Conclusiones. Hacia un diseño urbano participativo y situado**

A lo largo de este artículo, hemos intentado aproximarnos al proceso de reconstrucción como un escenario que entrelaza problemas y también oportunidades. Una instancia que estimula la reconsideración de mecanismos de diseño e intervención muchas veces utilizados de manera automática, sin valorar y evaluar su impacto o pertinencia. La celeridad exigida a las respuestas desplaza la urgencia de la intervención hacia el desarrollo de prácticas inmediatas que pueden dejar de lado las debidas consideraciones teóricas y estratégicas que acompañen a las intervenciones.

Es precisamente esta dualidad entre problema y oportunidad la que emparenta a la reconstrucción posemergencia con las prácticas informales. Esto, en la medida en que enfrentados a las dificultades y demandas de contextos extremos, ambos procesos deben ampliar los mecanismos de respuesta tradicionalmente utilizados. Tanto los escenarios de catástrofe como la aparición de la informalidad implican una interrupción de los parámetros habituales, una fractura en la cotidianidad que abre un espacio para el ensayo de nuevas prácticas y acciones. Por esta razón, hemos creído oportuno plantear la hipótesis de un aprendizaje que a partir de la informalidad y sus mecanismos, sea capaz de apuntar hacia la creación de un marco reflexivo amplio donde las problemáticas asociadas a contextos considerablemente adversos puedan ser afrontadas mediante la articulación de tácticas creativas, imaginativas, inclusivas y, sobre todo, críticas.

En esta dirección, insistimos en la necesidad de gestar, desarrollar y consolidar un diseño urbano para las personas, cuyo punto de partida y horizonte sea el reconocimiento de las estructuras sociales articuladas en el territorio. Por otra parte, en función de este diálogo interactivo entre comunidad, territorio y diseño, se intentan promover soluciones que en un escenario de emergencia no solo apuesten por la mantención o reparación de lo existente. Hemos visto cómo el diseño urbano tiene la capacidad de activar cambios, contribuyendo a generar mejoras significativas en las condiciones de habitabilidad de las personas y, por ende, en su calidad de vida. La incorporación de esta capacidad a las tareas de reconstrucción es pues un objetivo fundamental del urbanismo basado en la dimensión social que proponemos.

Bajo estos parámetros, aquello que podríamos definir como diseño participativo y situado, no solo está relacionado con una adecuada adaptación frente a cambios extremos, sino que también con la activación de los nuevos escenarios, reconociendo y provocando las oportunidades de acción señaladas, esto es, una manera de entender la arquitectura y el diseño urbano especialmente necesaria en contextos poscatástrofes. En este marco, la conciencia de una convivencia permanente con el riesgo puede ser explorada en un sentido positivo, buscando la creación de modos de habitar alternativos.

En el caso de un país como Chile, aún en vías de desarrollo y con reformas estructurales por hacer, la presencia recurrente de emergencias o desastres naturales puede convertirse en un aliciente para repensar, de manera integral y profunda, sus estrategias de desarrollo

territorial<sup>15</sup>. Un replanteamiento que no debe obedecer exclusivamente al inmediato o corto plazo, apostando también por la modificación de modelos de desarrollo que afectan el buen vivir de las personas, por ejemplo en lo referido al acceso al suelo y el riesgo de desarticulación social provocado por los procesos de segregación.

A través del análisis y conceptualización del enfoque situado y la participación comunitaria, propios de las prácticas informales, hemos planteado la necesidad de construir una visión sistémica e integral para afrontar la reconstrucción. Una mirada inclusiva, que entienda a la ciudad como una manifestación ampliada, en la cual las intervenciones realizadas no solo deben aludir a aspectos estéticos, materiales o morfológicos, sino asegurar, también, la consolidación de los vínculos afectivos que constituyen la vida en comunidad. En este proceso resulta fundamental repensar el rol de las instituciones y profesionales involucrados, ya que, bajo esta mirada, su trabajo deja de ser impositivo y/o asistencialista. Al contrario, el arquitecto/urbanista deberá construir respuestas a partir de las demandas de la comunidad y las características específicas del territorio habitado, entendiendo sus acciones en el marco de un escenario socioespacial que se configura y modifica en el tiempo.

El aprendizaje de lo informal, el intento de construir un marco teórico conceptual capaz de exponer valores y recursos propios de la informalidad, debe ser contrastado con la realidad y sus prácticas. Así, el enfoque de aproximación planteado, la hipótesis sugerida, constituye una estrategia que requiere ser particularizada caso a caso, considerando los desafíos específicos de cada contexto de acción, escuchando y atendiendo –siempre en compañía de la comunidad– a las demandas y desafíos derivados de la emergencia.

## **Bibliografía**

Andreatta, V. (2005). Favela-Bairro, un nuevo paradigma de inclusión para asentamientos informales. Cuadernos Internacionales de Tecnología para el Desarrollo Humano, núm. 3. Recuperado de <http://hdl.handle.net/2099/1586>

Braidotti, R. (2000). Sujetos nómades. Corporización y diferencia sexual en la Teoría feminista contemporánea. Buenos Aires: Ediciones Paidós.

Braidotti, R. (2009). Transposiciones. Sobre la ética nómada. Barcelona: Editorial Gedisa.

CEPAL. (2010). Recomendaciones para una estrategia de reconstrucción y recuperación del terremoto de Chile del 27 de febrero de 2010. Unidad de evaluación de desastres, borrador para discusión 17 de mayo de 2010. Recuperado de <http://www.cepal.org/cgi-bin/getprod.asp?xml=/publicaciones/sinsigla/xml/4/41564/P41564.xml&xsl=/desastres/tpl/p10f.xsl&base=/desastres/tpl/top-bottom.xsl>

Davis, M. (2007). Planeta de ciudades miseria. Madrid: Foca Ediciones.

Deleuze, G. (2001). Spinoza: filosofía práctica. Barcelona: Tusquets Editores.

Deleuze, G. & Guattari, F. (2012). Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia. Valencia: Editorial Pre-Textos.

---

15 Tal como se plantea en el documento *Recomendaciones para una estrategia de reconstrucción y recuperación del terremoto de Chile del 27 de febrero de 2010*, realizado por la CEPAL, un contexto de desastre "(...) presenta la oportunidad de, a la vez, que tener como meta reconstruir lo destruido y compensar o paliar lo perdido, realizar cambios institucionales, estructurales y tecnológicos que avancen la agenda de desarrollo del país hacia un paradigma más equilibrado, equitativo, competitivo, socialmente participativo y ambientalmente sostenible. En este contexto, importa el "cómo", importan los instrumentos, los incentivos y los recursos (humanos y financieros), así como las modalidades de participación en ese proceso de reconstrucción, para obtener resultados que no se limiten a reconstruir lo dañado o perdido, y sean procesos inclusivos que vuelvan a las regiones más afectadas por el terremoto, los protagonistas de su propia reconstrucción y recuperación. Se trata, en última instancia, de desarrollar una estrategia de largo plazo para fortalecer las capacidades de crecimiento de la economía" (2010, p. 15).

Jáuregui, J. M. (2012). Estrategias de articulación urbana. Buenos Aires: Editorial Nobuko.

Lombard, M. (2015). "Lugarización y la construcción de asentamientos informales en México". Revista INVI, 30 (83), Pág. 117-146. Recuperado de <http://www.revistas.uchile.cl/index.php/INVI/article/view/36619/38234>

Montaner, J. M. & Muxí, Z. (2011). Arquitectura y política. Ensayos para mundos alternativos. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.

Turner, John F. C. (1976). Libertad para construir. El proceso habitacional controlado por el usuario. Madrid: Siglo Veintiuno de España.

Turner, John F. C. (1977). Vivienda. Todo el poder para los usuarios. Hacia la economía en la construcción del entorno. Madrid: H. Blume Ediciones.

UN-HABITAT. (2003). The challenge of slums: Global report on human settlements, London: Earthscan Publications.

UN-HABITAT. (2013). Streets as public spaces and drivers of urban prosperity. Recuperado de <http://mirror.unhabitat.org/pmss/listItemDetails.aspx?publicationID=3513>